

nudas y también lo estaba su corazón; era aquello una mudanza completa, una voltereta en una sepultura. Y, sintiéndose demasiado fatigada, pensaba en que se repondría más adelante, si era posible.

A las diez, al desnudarse, Naná lloró y pateó. Quería acostarse en la cama de mamá Coupeau. En vano trató de infundirle miedo su madre; la niña era demasiado precoz y los muertos solo le causaban una gran curiosidad; y tal fué su empeño que, para calmarla, se concluyó por permitirle que se estirase en el sitio de mamá Coupeau. A la picarona gustábanle las camas grandes, donde podía extenderse y revolcarse. Y aquella noche durmió de lo lindo, con el dulce calor y las cosquillas del colchón de pluma.

X

La nueva habitación de los Coupeau se encontraba en el piso sexto, escalera B. Después de pasar por delante del cuarto de la señorita Remanjou, se tomaba el corredor, á mano izquierda. Al llegar aquí, era preciso torcer. La primera puerta que se encontraba luego era la de los Bijard. Casi enfrente de ésta, en un agujero sin ventilación, debajo de una escalerilla que subía hasta el tejado, se acostaba el tío Brú. Dos habitaciones más allá estaba el cuarto del tío Bazouge. Finalmente, al lado de éste ocupaban los Coupeau una alcoba y un gabinete con vistas al patio. Y después seguían otras dos habitaciones antes de llegar á la de los Lorilleux, en el fondo del corredor.

Una alcoba y un gabinete y nada más, constituían el actual albergue de los Coupeau, y adviértase que la alcoba era ancha como la palma de la mano. Y allí debían hacerlo todo, comer, dormir y lo demás. La cama de Naná ocupaba completamente el gabinete y la niña tenía que desnudarse en la alcoba de los padres, quienes dejaban la puerta abierta por las noches para que no se asfixiase.

Era tan pequeño aquello, que Gervasia se vió obligada á ceder casi todos sus muebles á los Poisson, al dejar la tienda, por no saber dónde meterlos. Con el lecho, la mesa y cuatro sillas quedó llena del todo la habitación. Y como traspasado de dolor su corazón, no Yse decidiera la planchadora á desprenderse de su cómoda, había ocupado la mitad del piso con aquel endemoniado mueble, que tapaba la mitad de la ventana, una de cuyas hojas se encontraba así condenada, quitando luz y alegría á la habitación. Y cuando Gervasia quería mirar al patio, como se había vuelto muy gruesa, no tenía espacio para apoyarse de codos y se inclinaba de costado y torciendo el cuello para ver.

Al principio, la planchadora se sentaba y lloraba. Parecíale muy duro eso de no poder moverse apenas; cuando se había visto siempre tan á sus anchas. Asfixiábase casi y permanecía asomada á la ventana horas enteras, comprimida entre la pared y la cómoda y adquiriendo torticolis. Sólo así podía respirar, y sin embargo el patio no le inspiraba más que tristes pensamientos.

Enfrente veía, de cara al sol, su ensueño de otro tiempo, aquella ventana del quinto piso donde á cada primavera las enredaderas arrollaban sus delgados tallos, enroscándose en una red de cuerdas. Su alcoba estaba en el sitio donde nunca daba el sol, y los tientos de reseda se secaban allí en ocho días. ¡Ah! no; la vida no presentaba buen aspecto; no era aquella la existencia que había soñado. En vez de vivir entre flores en su vejez, se revolcaba entre cosas nada limpias. Cierta día, al asomarse, experimentó una extraña sensación creyendo verse allá abajo, en el vestíbulo, junto á la portería, mirando hacia arriba, examinando la casa por vez primera, y este retroceso de trece años le dió como una punzada en el corazón.

El patio no había cambiado; las fachadas desnudas, apenas estaban más negras y más leprosas; de las cañerías oxidadas se exhalaba una hediondez; en las cuerdas de las ventanas secábanse ropa blanca y pañales de niño barnizados de cazcarria; abajo el empedrado continuaba hundido y sucio, con el polvillo de carbón del cerrajero y las virutas del carpintero, y en

el húmedo rincón de la fuente yacía un charco procedente de la tintorería, de hermoso color azul, azul tan claro, como el que vió en aquella época. Y ella, por el contrario, se encontraba muy cambiada y decaída. Ahora, ya no estaba allá abajo, mirando el cielo, contenta y animosa y ambicionando una bonita habitación; sino que se hallaba debajo del tejado, en el rincón de los piojosos, en el agujero más sucio, en el sitio donde nunca se recibía la visita de un rayo de sol. Y esto explicaba sus lágrimas; ¡en verdad, no podía estar muy contenta con su suerte!

Sin embargo, cuando se hubo acostumbrado al cambio, los principios de la nueva vida no se presentaron mal. El invierno daba sus últimas boqueadas y los cuatro sueldos sacados por los muebles que cediera á Virginia, habían facilitado la instalación. Después, al empezar el buen tiempo, tuvieron la fortuna de que Coupeau fuese contratado para trabajar fuera de París, en Etampes, donde pasó cerca de tres meses, sin emborracharse, curado momentaneamente de su vicio por los aires del campo.

Es admirable cuánto apagó la sed á los borrachos el abandonar los aires de París, en cuyas calles se respira positivamente el vapor del aguardiente y del vino. A su regreso, estaba el plomero fresco como una rosa y llevaba cuatrocientos francos, con los cuales pagaron los dos trimestres atrasados de la tienda de que habían salido fiadores los Poisson y otras menudas cuentas contraídas en el barrio, las más apremiantes.

Gervasia pudo pasar entonces por dos ó tres calles, por donde antes no podía asomar. Naturalmente, habíase puesto á planchar de nuevo á jornal con la señora Fauconnier, muy buena mujer con los que la adulaban, y que la volvió á admitir dándole hasta tres francos, como primera oficiala, en consideración á su antigua posición de maestra. De esta suerte parecía que la familia podría tirar adelante, y Gervasia llegó á esperar que con su trabajo y economía había de llegar un día en que pudiesen pagar todos sus atrasos y arreglarse un mediano pasar. Verdad es que estas ilusiones se las forjaba en el entusiasmo de la

gruesa cantidad ganada por su marido. Pero, á sangre fría, aceptaba el tiempo tal como era, diciendo que las cosas buenas duran poco.

Lo que mayores desazones les causó entonces á los Coupeau fué ver instalarse á los Poisson en su tienda. Si bien no eran demasiado envidiosos por naturaleza, irritábales que las gentes se maravillasen intencionalmente ante ellos de los embellecimientos hechos por sus sucesores. Los Boche, y sobre todo los Lorilleux, eran inagotables en este asunto. A creerles, nunca se había visto una tienda más linda. Y recalando la frase sobre el estado de suciedad que los Poisson había encontrado en ella, referían que solamente la lejía para limpiarla les había costado treinta francos.

Virginia, después de algunas vacilaciones, se había decidido por el comercio de ultramarinos, pastillas, chocolate, café y té. Lantier le había aconsejado repetidamente este negocio, diciéndole que se podían ganar sumas enormes con la golosina. La tienda se pintó de negro, con filetes amarillos, dos colores sumamente elegantes. Tres carpinteros trabajaron durante ocho días para la instalación de cajones, escaparates y mostrador, con estantes para los bocales, como en las confiterías.

La pequeña herencia que Poisson tenía en reserva, hubo de sufrir un rudo ataque. Pero ¡qué importa! Virginia triunfaba, y los Lorilleux, secundados por los porteros, no perdonaban á Gervasia la descripción de un estante, de un aparador, de un bocal, felices al ver cómo se demudaba su faz. Por más que una persona no sea envidiosa, no deja de rabiarse cuando los demás se calzan sus zapatos y la pisan con ellos.

Había, además, en el fondo, una cuestión de pantalones. Afirmábase que Lantier había dejado á Gervasia. Al barrio entero le parecía esto muy laudable, pues al fin y al cabo moralizaba un tanto la calle, y todo el mérito de esta separación correspondía á ese perillán de sombrerero, á quien las mujeres continuaban mirando siempre. Dábanse detalles, diciendo que había tenido que abofetear á la planchadora para quitársela de encima y librarse de su encarnizada persecución. Naturalmente, nadie decía la verdadera verdad:

los que habían podido saberla, la consideraban demasiado sencilla y muy poco interesante.

Decíase que, en efecto, Lantier había dejado á Gervasia, en el concepto de que ya no la tenía á su disposición día y noche; pero que, de seguro, cuando le daba el capricho, subía á verla al sexto piso, pues la señorita Remanjou le encontraba saliendo de casa de los Coupeau á horas intempestivas. En una palabra, las relaciones continuaban; de un modo ó de otro, á empujones, sin que ninguno de los dos tuviese en ello el menor placer; un resto de costumbre, complacencias recíprocas, y nada más.

Esto sí; lo que complicaba la situación era que el barrio entero metía á Lantier y á Virginia en el mismo par de sábanas, en lo cual se obraba muy de ligero. No cabe duda de que el sombrerero requebraba á la morena; y así era de presumir, supuesto que la morena reemplazaba á Gervasia en todo y por todo, en la habitación. Con respecto á ello corría una anécdota; decíase que una noche había ido Lantier á buscar á Gervasia en la cama del vecino y que se había llevado á Virginia, teniéndola consigo sin reconocerla antes del amanecer, á causa de la obscuridad.

Si bien el cuento daba que reír, las cosas no estaban realmente tan adelantadas; apenas si se permitía pellizcarla las caderas. No por eso los Lorilleux dejaban de hablar, delante de la planchadora, de los amores de Lantier y de la señora Poisson, con enternecimiento, esperando infundirle celos. También los Boche declaraban que en su vida habían visto una pareja más bella. Y lo particular, en todo ello, era que la calle de la Goutte d'Or no llevaba á mal, al parecer, este nuevo matrimonio de tres. La moral, dura con Gervasia, mostrábase indulgente con Virginia. ¡Y quién sabe si esta plácida indulgencia de la calle no procedía de que el marido era municipal!

Por fortuna, los celos no atormentaban á Gervasia. Las infidelidades de Lantier la dejaban muy tranquila; por cuanto, desde hacía largo tiempo, su corazón no tomaba parte alguna en sus relaciones. Habían llegado á sus olvidos, sin pretender enterarse, historias muy serias, relaciones del sombrerero con toda clase de

mujeres, hasta con las más despreciables callejeras, y todo ello le causaba tan poco efecto, que continuó siendo complaciente, sin sentir bastante cólera para reñir definitivamente. A pesar de esto, no aceptó tan fácilmente el nuevo capricho de su amante.

Con Virginia era harina de otro costal. Esta y el sombrerero habíanse enredado con el único objeto de mortificarla, y si bien le tenía muy sin cuidado la «bagatela» (1), no quería que le faltase á la consideración. Así, pues, cuando la señora Lorilleux ó alguna otra mala pécora decía en su presencia que Poisson no podía ya pasar por la Puerta de Saint-Denis (2); se ponía muy pálida, sintiendo como si le arrancasen el pecho y le quemasen el estómago, y se mordía los labios, evitando enfadarse para no dar aquel gustazo á sus enemigos. Sin embargo, es de presumir que tendría una cuestión con Lantier, pues cierta tarde la señorita Remanjou creyó percibir el ruido de un bofetón; por lo demás, no puede dudarse de que estuvieron algún tiempo reñidos, por cuanto Lantier no le habló en quince días, pasados los cuales cedió el primero, y el arreglito volvió á empezar, como si nada hubiese ocurrido.

La planchadora prefería resignarse, retrocediendo ante la idea de una agarrada de moños y deseando no empeorar más su existencia. ¡Ah! ya no tenía veinte años, ni amaba á los hombres hasta el punto de distribuir zurras y de arriesgar su trasero! Lo único que hacía era sumar esto con todo lo demás.

Coupeau se burlaba. Este marido complaciente, que no había querido ver su deshonra propia, relase á más no poder del par de cuernos de Poisson. En su casa, esto nada importaba; pero en la casa ajena pareciale muy chusco y se daba mil desazones para escuchar los incidentes de esta índole, cuando las muje-

(1) Unión carnal.

(2) Pasar por el arco de la Puerta Saint Denis. Hipérbole vulgar, alusión al metafórico adorno de la testa de los *minotaurisapos*, cuyas dimensiones se suponen tales que les impiden pasear, sin doblar la cerviz, por el arco monumental del boulevard de San Dionisio.

res de sus vecinos iban á contemplar las hojas al revés. ¡Qué Juan Lanas el tal Poisson! ¡y un ente así ceñía espada y se permitía codearse con las gentes en las aceras!

Después llevaba su cinismo hasta el extremo de dar bromas á Gervasia por el abandono de su amante, añadiendo que era poco afortunada, pues la primera vez los herreros no habian tenido éxito, y la segunda la dejaban plantada los sombrereros; pero ella sola tenía la culpa dedicándose á oficios poco formales; ¿por qué no tomaba un albañil, un hombre de arraigo, habituado á amasar diestramente su argamasa?

Verdad es que estas cosas las decía en broma, pero no por ello dejaba de perder el color Gervasia, pues la miraba fijamente con sus ojillos grises, como si quisiese meterle las palabras con una barrena. Cuando el plomero abordaba el capítulo de las suciedades, nunca sabía ella si hablaba de broma ó de veras. Un hombre que se emborracha desde que principia el año hasta que se acaba, no es dueño de su cabeza, y maridos hay muy celosos á los veinte años que se vuelven muy complacientes á los treinta, gracias á la bebida, en lo tocante á la fidelidad conyugal.

Eran de ver las bravatas de Coupeau en la calle de la Goutte d'Or. Llamaba cornudo á Poisson, y así tapaba la boca á las chismosas. Ya no era el cornudo de él. ¡Oh! y sabía lo que sabía. Si en otros tiempos se había hecho el desentendido, era al parecer, porque no le agradaban las camorras. Cada cual sabe lo que le pasa en su hogar y se rasca donde le pica, y como á él no le picaba, no había de rascarse para darles gusto á los demás. En cuanto al municipal, si ignoraba la cosa no dejaba de ser cierta en la actualidad; y no eran simples hablillas, no, pues el barrio había visto juntos á los dos amantes.

Dicho esto, el plomero se enojaba, no acertando á comprender cómo un hombre, un funcionario del gobierno, podía sufrir semejante escándalo en su casa. ¡Quizá al municipal le agradaban las sobras de los demás! Empero esto no le impedía á Coupeau (las noches que se aburría de estar á solas con su mujer

en su cuchitril) bajar en busca de Lantier y hacer que subiese á la fuerza.

Encontraba triste su albergue desde que faltaba su camarada; y si veía frío al sombrerero con Gervasia, les obligaba á hacer las paces. ¡Rayos de Dios! al mundo se le manda á paseo, y cada uno se divierte como mejor lo entiende. Y se sonreía, brillando ideas expansivas en sus ojos vacilantes de borracho, necesidades de compartirlo todo con el sombrerero para embellecer la vida. En semejantes noches, precisamente, era cuando ignoraba Gervasia si su marido hablaba de burlas ó de veras.

Lantier escuchaba toda esa charla con aire de importancia, mostrándose paternal y digno. Por tres veces había impedido que se disputaran los Coupeau y los Poisson. La buena armonía de los dos matrimonios entraba en su programa. Gracias á las miradas tiernas y severas con que vigilaba á Gervasia y á Virginia, las tenía dominadas; y se fingían una á otra la mayor amistad. Y él, reinando sobre la rubia y sobre la morena, con una tranquilidad de baja, engordaba con su poca vergüenza.

El tal perro dogo aún digería á los Coupeau, cuando ya se comía á los Poisson. ¡Oh! eso no le era difícil; devorada una tienda, empezaba con la segunda. ¡Que sólo tengan suerte los hombres de tal calaña!

En junio de aquel año hizo Naná su primera comunión. Estaba para cumplir sus trece; era alta y delgada como un espárrago, y descarada como ella sola.

El año anterior la habían despedido de la doctrina por su mala conducta, y si á la sazón la admitía el cura, era por temor á que no volviese y por no dejar en la calle una atea más. Saltaba de gozo Naná, pensando en el vestido blanco que los Lorilleux, sus padrinos, le habían prometido, y de cuyo regalo hablaban á toda la vecindad. La señora Lerat había ofrecido el velo y la gorra.

Virginia, el limosnero, y Lantier el libro de rezos; por manera que los Coupeau esperaban la ceremonia sin la menor inquietud. Hasta los Poisson, que querían hacer las paces, eligieron precisamente esta ocasión,

sin duda por consejo del sombrerero, invitando á los Coupeau y á los Boche, cuya hija hacía también su primera comunión, á una cena en su casa: un guisado y cualquier otra friolera.

Precisamente la víspera, mientras Naná estaba contemplando con admiración los regalos extendidos sobre la cómoda, llegó Coupeau en un estado abominable. Los aires de París volvían á atacarle. Y empezó á insultar á su mujer y á su hija, con frases de borracho y palabras asquerosas, muy fuera de lugar en aquella ocasión. Por su parte, Naná iba adquiriendo, de día en día, el más pésimo lenguaje en aquella atmósfera de conversaciones sucias que oía continuamente. Los días de camorra no tenía el menor reparo en llamar á su madre «camello» y «vacas».

—¿Y mi pan?—gritaba el plomero.—¡Quiero mi sopa, haraganas!... ¡vaya un par de hembras con sus trapotes!... ¡si no me dais mi sopa, voy á sentarme sobre esas baratijas!

—¡Qué latoso cuándo está chispo!—murmuró Gervasia, impacientada.

X volviéndose hacia él, añadió:

—¡Se está calentando; no nos fastidies!

Naná se hacía la modesta, pues le parecía más decente aparecer así en tal día, y continuaba contemplando los regalos colocados encima de la cómoda, afectando bajar los ojos y no comprender las feas palabrotas de su padre. Pero el plomero estaba muy cargante las noches de turca, y casi se le echó encima para hablarle:

—¡Ya te daré yo vestidos blancos, ya! ¿los quieres, sin duda, para ponerte tetas en el corsé, con bolas de papel, como el domingo pasado? ¡Sí, sí, espera un poco! ¡ya veo que empiezas á saber menear el trasero! ¿con qué te gusta vestir bien? ¿se te sube ya ese humillo á la cabeza? ¡Eal! ¡lárgate de ahí, mala sabandija! ¡Quita de enmedio esos trapos, mételos en un cajón ó te lavo con ellos la cara!

Naná, con la cabeza baja, seguía sin contestar, y cogiendo la gorrita de encajes, preguntaba á su madre cuánto costaba aquello. Y como Coupeau alargase la mano para quitársela, rechazóle Gervasia, gritando:

—¡Vaya, deja en paz á la niña! es buena y no hace daño á nadie.

Entonces el plomero vomitó cuánto le quedaba en el saco:

—¡Malditas putas! ¡buen par se juntan la madre y la hija! ¡Lindo está ir á comerse á Dios haciendo guiños á los hombres!... ¡Atrévete á negarlo, marrana!... Voy á vestirme con un saco de arpillera y veremos si te rascarás la piel. ¡Sí, con un saco, para que os dé asco á ti y á tus curas! ¿necesito yo, acaso que te hagan viciosa? ¡Voto á...! ¿Oís lo que digo, marranas?

De repente Naná, enfurecida, se irguió, mientras Gervasia tendía los brazos para proteger los regalos que Coupeau amenazaba hacer pedazos. Y después de mirar un instante fijamente á su padre, le dijo, rechinando los dientes:

—¡Cochino!

En cuanto el plomero hubo comido su sopa, púsose á roncar, y á la mañana siguiente se levantó muy afable. De la curda de la víspera quedábale lo precisamente necesario para ser afectuoso, y asistió al tocado de la niña, enternecido por el vestido blanco, diciendo que el menor guiñapo daba á aquella lagartija aires de una señorita, y que un padre, en semejante ocasión, debía estar orgulloso de su hija.

Y era de ver el «chic» (1) de Naná, con sus sonrisas pudorosas de desposada y su vestido demasiado corto.

Cuando bajaron y vió en el dintel de la portería á Paulina, vestida del mismo modo, detúvose, la envolvió en una mirada penetrante y después se mostró muy amable con ella, encontrándola peor vestida y como empaquetada.

Ambas familias partieron juntas hacia la iglesia; Naná y Paulina abrían la marcha, con el libro de oraciones en la mano y sujetando sus velos agitados por el viento, sin hablar, estallando de gozo al ver salir á

(1) Esta voz tiene cinco acepciones principales: *Distinción*.—*Elegancia en el traje ó en los muebles*.—*Sello artístico, originalidad*.—*Facultad tricial que no revela el menor estuálo*.—*Mal género*. (N. del T. tomada de Larchey.)

las gentes de las tiendas y haciendo mñecas de devoción cuando oían decir á su paso que eran muy lindas.

Las señoras Boche y Lorilleux se retrasaban adrede para comunicarse sus reflexiones tocante á la Banbán (1), una tragona, decían, cuya hija no hubiera podido comulgar si sus parientes no se lo hubiesen regalado todo, sí, todo, hasta una camisa nueva, por respeto á la santa misa.

La señora Lorilleux insistía especialmente sobre el vestido regalo suyo, echando pestes contra Naná y llamándola «marrana» cada vez que la niña recogía el polvo con la falda, aproximándose demasiado á las puertas de las tiendas.

En la iglesia, Coupeau estuvo llorando todo el rato; era una necesidad, pero no podía contenerse; le conmovía aquello de ver al cura extendiendo los brazos y á las niñas desfilando como unos ángeles con las manos cruzadas; y la música del órgano le resonaba en el vientre y el perfume del incienso le obligaba á aspirar fuertemente, como si le hubiesen arrimado un ramillete á las narices; en una palabra, todo lo veía de color azul, y el corazón se le oprimía.

Particularmente, hubo un cántico, una melodía suave, mientras las niñas comulgaban, que le pareció que se le deslizaba por el cuello, con un escalofrío á lo largo del espinazo.

Por lo demás, en torno suyo, las personas sensibles bañaban en llanto sus pañuelos. Verdaderamente aquel era un gran día, el día más hermoso de la vida.

Pero, eso sí, cuando al salir de la iglesia se fueron á echar una copa con Lorilleux, que había permanecido con los ojos secos y que se burlaba de él, enojóse el plomero, acusando á los curas de quemar en las iglesias unas endiabladas hierbas para ablandar á los hombres, añadiendo que, al fin y al cabo, no ocultaba su debilidad, y que, si había llorado, esto probaba sencillamente que no tenía un canto en el pecho. Y mandó repartir otra ronda.

Por la noche la reconciliación fué muy alegre en casa de los Poisson, reinando en ella la amistad sin

(1) Banbán: Coja.

el menor rasguño, desde el principio al fin de la cena.

Cuando llegan los días malos no dejan de acompañarles algunas noches agradables, horas en que se aman las gentes que se detestan. Lantier, sentado entre Gervasia y Virginia, mostróse muy atento con las dos, prodigándoles ternezas de gallo que quiere mantener la paz en su gallinero.

Enfrente de ellos, Poisson conservaba su ensimismamiento tranquilo y severo de municipal, su hábito de no pensar en nada, entornados los ojos, en sus largos paseos por las aceras. Las reinas de la fiesta fueron las dos niñas, Naná y Paulina, á las que se permitió que continuasen con sus trajes; manteníanse ambas tiesas, por temor á manchar sus vestidos blancos, y á cada bocado gritábanles que levantasen la barba para tragar con limpieza.

Fastidiada al fin Naná, acabó por derramarse todo el vino en el corpiño, lo cual requirió que la desnudasen para lavarlo inmediatamente en un vaso de agua.

A los postres hablaron formalmente del porvenir de las niñas. La señora Boche había hecho ya su elección. Paulina entraría en un taller de caladoras de oro y plata, oficio que producía un jornal de cinco á seis francos. Gervasia aún no había decidido nada; Naná no demostraba más afición que la de tunantear; pero para todo lo demás tenía manos de manteca.

—Yo, en vuestro lugar—dijo la señora Lerat,—la dedicaría á florista. Es un oficio limpio y agradable.

—Todas las floristas—murmuró Lorilleux—son unas zorras.

—¿También yo lo soy?—repuso la viuda, mordiéndose los labios.—¡Vaya, qué galantería! Ya sabéis que no soy ninguna de esas perras que se tienden patas arriba cuando oyen silbar.

Aquí todos los presentes le rogaron que callase, clamando:

—¡Oh, señora Lerat! ¡señora Lerat!

Y con el rabillo del ojo le indicaban á las dos muchachas, quienes, para ocultar sus risas, metían las narices en el vaso. Por respeto á las formas, hasta los hombres habían ido escogiendo palabras convenientes. Empero la señora Lerat no aceptó la lección, decla-

rando que lo que acababa de decir lo había oído en las mejores reuniones.

Por lo demás, lisonjeábase de conocer perfectamente su lengua, lo cual á menudo le valía felicitaciones generales por su manera de hablar de todo, aun delante de los niños, sin nunca ofender á la decencia.

—¡Sabed que entre las floristas hay mujeres muy decentes!—gritaba.—Están hechas del mismo modo que las demás mujeres, y de seguro que no tienen piel en todas partes; pero saben contenerse y escogen con tino cuando han de cometer alguna falta... Y eso procede de las flores; ellas son las que me han protegido...

—¡Dios mío!—interrumpió Gervasia;—¡no creáis que las flores me repugnen! ¡Con tal que ese oficio le agrade á Naná!... A los niños no hay que contrariarlos en sus vocaciones... ¡Vaya, Naná! no te hagas la tonta y contesta: ¿te gustan las flores?

La muchacha, inclinada sobre su plato, recogía las migas del pastel con un dedo humedecido, que luego chupaba. Y sin darse prisa y con su risita de niña viciosa, acabó por declarar:

—Sí, mamá, me gustan.

Entonces quedó totalmente arreglada la cosa. Coupeau consintió en que la señora Lerat se llevase á la niña á su taller, calle del Caire, desde el día siguiente. Y la reunión comenzó á hablar gravemente de los deberes de la vida. Boche decía que Naná y Paulina eran ya mujeres, por el hecho de haber comulgado. Poisson añadía que desde entonces debían saber guisar, zurcir calcetines y gobernar una casa. Hasta se habló de su matrimonio y de los hijos que les nacerían. Las rapazas escuchaban y reían para sus adentros, restregándose una contra otra, henchido de gozo el corazón por ser ya mujeres y roja la faz por la opresión de sus vestidos blancos. Pero lo que más cosquillas les hizo fué la pregunta picaresca de Lantier de si no tenían novio. Y Naná acabó por confesar que quería mucho á Victor Fauconnier, el hijo de la maestra de su madre.

—¡Bravo!—exclamó la señora Lorilleux delante de los Boche cuando se retiraban.—Nuestra ahijada es; pero desde el momento en que la dedican á florista,

no queremos oír hablar más de ella. Será otra de tantas callejeras... ¡Antes de seis meses les dejará plantados!

Cuando subieron á acostarse convinieron los Coupeau en que todo había ido á pedir de boca y que los Poisson no eran malas gentes. A Gervasia hasta le pareció perfectamente arreglada la tienda. Había creído tener un mal rato pasando la velada en su antiguo establecimiento, donde ahora se repantigaban otros; y le causaba sorpresa no haber rabiado ni un segundo. Naná, al desnudarse, preguntó á su madre si el vestido de la señorita del segundo piso, que se había casado el mes anterior, era de muselina como el suyo.

Aquel fué, sin embargo, el único día venturoso de la familia. Transcurrieron después dos años durante los cuales fueron hundiéndose cada vez más. Los inviernos, sobre todo, les dejaba en seco.

Si en verano comían un bocado de pan, con la lluvia y el frío llegaban los ayunos, los paseos inútiles á la despensa, las comidas de conmemoración en la pequeña Siberia de su chiribitil. Ese maldito Diciembre se colaba en su habitación por debajo de la puerta, llevando consigo todas las plagas, la huelga de los talleres, las haraganerías aumentadas por los hielos, la miseria negra de los tiempos lluviosos.

El primer invierno todavía encendieron fuego algunas veces, apolotonándose en torno de la estufa, más ávidos de calor que de comida; pero el segundo ni siquiera se quitó el hollín á la estufa, la cual helaba todavía más la habitación con su aspecto lúgubre de mojon de hierro fundido. Y lo que más les dolía, lo que acababa con ellos, era tener que pagar los alquileres, ¡sobre todo el de enero! cuando no tenían ni un miserable rábano en casa y el tío Boche se presentaba con el recibo; ¡entonces sí que soplabá para ellos el frío, como una tempestad del Norte!

El señor Marescot llegaba el sábado siguiente, arrebujaado en su buen gabán y cubiertas sus manazas con guantes de lana, siempre que la palabra «expulsión» en la boca, mientras por de fuera caía copiosa nieve, como para prepararles un lecho en la acera, con blancas sábanas. Hasta sus propias carnes hubieran vendido para pagar el alquiler. Y el alquiler era lo que

dejaba vacía la estufa y la despensa. Por lo demás, la casa en peso se lamentaba. Los pisos todos formaban un concierto de lágrimas que se oía á lo largo de la escalera y de los corredores. Aunque cada familia hubiese tenido un muerto en su habitación, sus lamentos no hubieran producido un coro de organillos tan abominable. Era aquello una especie de juicio final, el fin de los fines, la vida imposible, el aplastamiento de la gente pobre.

Una vecina del piso tercero había sido llevada á la cárcel, ¡ocho días de arresto! y un albañil del quinto piso había robado unos cuantos francos á su maestro para comprar pan!

Verdaderamente, los Coupeau no debían echar la culpa á nadie, sino á sí mismos. Por difícil, por dura que sea la existencia, puede salirse adelante con orden y economías; díganlo, sino, los Lorilleux, que entregaban con toda regularidad el importe de sus alquileres, envuelto en un pedazo de papel sucio; aunque éstos, á la verdad, llevaban una vida de arañas flacas, capaz de hacer odiar el trabajo. Naná no ganaba nada aún con las flores, y, por el contrario, gastaba bastante en su persona; Gervasia empezaba á ser mal vista ya en casa de la señora Fauconnier; de día en día iba perdiendo su habilidad y estropeaba el trabajo hasta el extremo de que su maestra le rebajó el salario á dos francos, jornal de principianta.

Y á pesar de ello, conservaba su orgullo y su susceptibilidad, sacando siempre á relucir su antigua posición de ama de casa. Faltaba días enteros al taller, abandonando á veces la tarea por cualquier capricho; y en una ocasión resistióse tanto su amor propio porque la señora Fauconnier tomó de oficiala á la señora Putois y se vió obligada á trabajar al lado de su antigua subordinada, que estuvo quince días sin parecer por el obrador. Después de tales arrebatos, se la volvía á admitir por caridad y esto la exasperaba más y más. Naturalmente, el salario de la semana no era muy crecido, y, como decía amargamente, ella iba á ser la que un sábado acabaría por pagar á su ama. En cuanto á Coupeau, trabajaba quizás; pero en tal caso debía regalar su trabajo al gobierno, pues Gervasia,

desde la contrata de Etampes, no había vuelto á ver el color de su dinero.

Los días de paga ni siquiera le miraba las manos cuando entraba con los brazos colgantes, los bolsillos vacíos y á veces hasta sin pañuelo, que tal vez había perdido ó alguno de sus camaradas se lo había quitado. Al principio daba cuentas, inventaba embustes, como por ejemplo: diez francos para una suscripción á favor de algún compañero inutilizado, veinte francos deslizados del bolsillo por un agujero (que enseñaba), cincuenta francos aplicados á la extinción de una deuda imaginaria. Después dejó de tomarse este trabajo.

El dinero se evaporaba ¿y qué? Si no lo tenía en el bolsillo, lo tenía en el vientre, nueva manera, nada graciosa, de llevarlo á su mujer. La planchadora, aconsejada por la señora Boche, iba algunas veces á acercar á su hombre á la salida del taller para atrapar el huevo recién puesto; pero de poco le servía su atalaya, pues los camaradas avisaban á Coupeau y el dinero se deslizaba en los zapatos ó en un portamonedas menos limpio todavía.

La señora Boche era muy lista respecto á tales tretas, por cuanto su marido le escamoteaba á veces monedas de diez francos, escondiéndolas para invitar á merendar á las amables señoras que conocía; y por esto registraba los más mínimos rincones de sus ropas, encontrando generalmente la moneda que faltaba, en la visera de la gorra, cosida entre la badana y la tela. ¡Ah! De seguro no entretelaba el plomero sus andrajos con oro, sino que se limitaba á ocultarlo debajo de la carne. Sin embargo, Gervasia no podía coger las tijeras y descoserle la piel del vientre.

Si, culpa era de la familia el resbalar cada vez más al fondo del abismo; pero estas son cosas que un nunca se dice cuando se halla en el fango. Acusaban á su mala suerte y decían que Dios les tenía odio. A la sazón su casa era un verdadero suplicio. Pasábase disputando el día entero. Sin embargo, aún no se pegaban; todo lo más que ocurría era alguno que otro bofetón escapado en el ardor de la disputa. Lo más triste era que, habiendo abierto la jaula al carriño,

todos los buenos sentimientos habían desaparecido, volando á guisa de canarios. El santo calor de los padres y de los hijos, que vivifica á las familias cuando permanecen unidas, estrechadas, huía de ellos, dejándoles tiritando á cada uno en su rincón.

Los tres, Coupeau, Gervasia y Naná, parecían otros tantos erizos, tragándose uno á otro con venenosa vista, por una sola palabra; diríase que allí se había quebrado alguna cosa, como el muelle real de la familia, el mecanismo, que en las gentes dichosas hace latir á compás los corazones.

¡Ah! Gervasia ya no se conmovía entonces como en otro tiempo, cuando veía á Coupeau en el borde de los aleros, á doce ó quince metros de altura; no le hubiera empujado por sí misma, pero si el plomero se hubiese caído naturalmente, ¡vaya! ese tumbó habría desembarazado la superficie de la tierra de un ente inútil.

Los días en que más violentas eran las disputas, lamentábase de que no lo trajesen descalabrado en una camilla. Esperaba este accidente como su mayor felicidad. En efecto, ¿para qué servía aquel borracho? para hacerla llorar, para comerse todo lo suyo, para inducirla al mal. ¡Pues bien! unos hombres tan perjudiciales debían ser arrojados al hoyo lo más pronto posible, para poder bailar encima de su tumba la polka de la libertad.

Y cuando la madre decía: ¡Mátate! la hija respondía: ¡Aplástate! Naná leía las desgracias en periódicos, con comentarios de hija desnaturalizada, diciendo que su padre tenía tan condenada suerte, que un ómnibus que le atropelló no consiguió ni aún quitarle la mano. ¿Cuándo—exclamaba,—cuándo reventará ese mal rocín?

En medio de esta existencia rabiosa por efecto de la miseria, Gervasia sufría, además, con las hambres que oía roncar en torno de ella. Aquel rincón de la casa era el rincón de los piojosos, donde tres ó cuatro familias, al parecer, se habían dado la consigna de no tener pan todos los días. Por más que se abriesen las puertas, raro era que dejasen exhalar olor de cocina.

A lo largo del corredor reinaba un silencio de muer-

te, y las paredes sonaban huecas, como vientres vacíos. De vez en cuando surgían clamoreos, lágrimas de mujeres, lamentos de pequeñuelos hambrientos, familias que se devoraban entre sí, para engañar á su estómago.

Vivíase allí en medio de un calambre general de gáznates que bostezaban por todas aquellas abiertas bocas; y los pechos se ahucaban con sólo respirar aquel aire, donde ni siquiera habían podido vivir los moscardones por falta de aliento.

Pero quien mayor lástima causaba á Gervasia era el tío Brú, metido en su agujero debajo de la escalera; donde se retiraba como una marmota, acurrucándose á manera de pelota, para sentir menos el frío y permaneciendo días enteros sin moverse, sobre un montón de paja. Ni siquiera le hacía abandonar aquel sitio el hambre, pues consideraba completamente inútil salir á aumentar el apetito, no habiéndole convidado alguien á comer fuera de casa.

Cuando pasaban tres ó cuatro días sin aparecer, los vecinos se asomaban á la puerta para enterarse de si había espichado ya. Pero ¡cá! aún estaba vivo; no mucho, sí un poquito; vivo de un enojo solamente ¡hasta la muerte se olvidaba de él! Gervasia, cuando tenía pan, le echaba unos mendrugos, pues si bien se volvía mala y detestaba á los hombres, á causa de su marido, no dejaba, en cambio, de compadecer sinceramente á los animales, y el tío Brú, ese pobre viejo á quien dejaban morir, porque ya no podía sostener una herramienta, era para ella como un perro, como un animal inservible, del cual ni aún los traperos querían comprar la piel, ni el sebo.

Oprimíale constantemente el corazón la idea de que el infeliz permanecía siempre allá, en el rincón del corredor, abandonado de Dios y de los hombres, alimentándose únicamente de su propia substancia, reduciéndose su talla á la de un niño, apergaminado y arrugado, como las naranjas, que se secan en las chimeneas.

También atormentaba mucho á la planchadora la vecindad del tío Bazouge, el sepulturero. Un simple tabique, muy delgado, separaba las dos habitaciones;

y éste no podía mover un dedo, sin que lo oyese aquella. Cuando por las noches regresaba el sepulturero, seguía Gervasia á pesar suyo todos sus movimientos; el sombrero de badana negra que sonaba sordamente al ser puesto sobre la cómoda, como una paletada de tierra, la capa negra que, al colgarse de un clavo, rozaba la pared con el ruido de las alas de un murciélago, y, por último, todo el traje negro, arrojado en medio del cuarto y llenándolo con el rumor de un desembalaje fúnebre.

Oíale pasear, inquietábale el menor de sus movimientos, estremeciéndose si tropezaba con un mueble ó hacía chocar su vajilla. Ese maldito borracho era su preocupación, y le causaba un vago temor, mezclado con deseos de enterarse. Y él, alegre, hecho una cuba todos los días y trastornada la cabeza los domingos, tosía, escupía, cantaba coplillas de «La tía Godichon», soltaba frases nada limpias y se golpeaba contra las cuatro paredes, antes de encontrar su cama.

Y Gervasia palidecía, preguntándose qué diablos estaría haciendo y ocurriéndosele ideas atroces, entre ellas la de que el sepulturero debía haber llevado un muerto consigo y lo introducía debajo de su lecho. Lo cual ¡á fe mía! nada tenía de imposible, pues los periódicos referían que un empleado de pompas fúnebres hacía colección en su casa de ataúdes con niños pequeños para evitarse el trabajo y la pena de llevarlos al cementerio. No hay duda; cuando el tío Bazouge entraba en su cuarto, olía á muerto á través del tabique, pareciendo como si una viviese enfrente del cementerio del «Père Lachaise», en pleno dominio de los topes.

Era verdaderamente horrible aquel animal, riéndose continuamente á solas, como si su profesión le alegrase el ánimo; y hasta, cuando había puesto fin á su aquelarre y se tumbaba en la cama, tenía una manera de roncar tan extraordinaria, que cortaba la respiración á la planchadora, la cual, durante horas enteras, permanecía con el oído alerta, creyendo que desfilarían entierros en el cuarto del vecino.

Sí, lo peor del caso era que Gervasia, en sus terrores, se sentía atraída hasta pegar el oído á la pared,

para enterarse mejor. Bazouge le causaba el efecto que los buenos mozos producen en las mujeres honradas; quisieran catarlos, mas no se atreven, retenidas por la decencia. ¡Pues bien! si el miedo no la hubiese retenido, Gervasia hubiera querido catar la muerte para ver cómo estaba constituida. Y en ciertos momentos poníase tan fuera de sí, suspendido el aliento, atenta; esperando la clave del enigma en un movimiento del tío Bazouge, que Coupeau, chuleándose, le preguntaba si tenía un capricho por el enterrador de al lado.

Enojábase ella y hablaba de mudarse de casa por lo mucho que le repugnaba aquella vecindad; y, sin embargo, á pesar suyo, en cuanto volvía el viejo con su olor de cementerio, caía Gervasia de nuevo en sus reflexiones, brillando en su rostro el aire excitado y temeroso de una esposa que sueña en faltar á sus deberes conyugales.

¿No se había ofrecido por dos veces á encajonarla; á llevarla consigo á cierto sitio, á un lecho donde el goce de dormir es tan intenso, que se olvidan de repente todas las miserias? Tal vez era aquello cosa muy buena.

Paulatinamente, iba entrando en mayores comezónes de catarlo; de buena gana lo hubiera ensayado por quince días ó un mes. ¡Ah! ¡dormir un mes, sobre todo en invierno, en enero, el mes del alquiler, cuando le reventaban los disgustos de la vida! ¡Lástima que no fuese posible y que no hubiese más remedio que dormir ya siempre este sueño, si se empezaba por una hora! Y este pensamiento la helaba y desaparecía su capricho por la muerte, ante la eterna y severa amistad que la tierra exigía.

Sin embargo, una noche de invierno, golpeó con ambos puños en el tabique.

Había pasado una semana atroz, atropellada por todo el mundo, sin un sueldo y agotado el valor. Aquella noche se sentía mal, tiritaba de fiebre y le parecía ver un sin fin de llamas danzando ante sus ojos. Y entonces, en lugar de arrojarle por la ventana, como estuvo un momento á pique de efectuar, púsose á dar golpes y á gritar:

—¡Tío Bazouge! ¡tío Bazouge!

El enterrador estaba quitándose los zapatos y cantaba: «Eranse tres lindas niñas». La tarea debía haber sido grande aquel día, porque parecía más conmovido que de costumbre.

—¡Tío Bazouge! ¡tío Bazouge!—gritó de nuevo Gervasia, alzando la voz.

¿Que no la oía? La planchadora estaba dispuesta á entregarse en seguida; y podía echársela á la espalda y llevarla á donde conducía á las demás mujeres, pobres y ricas, á quienes consolaba! Su canción: «Eranse tres lindas niñas», la hacía sufrir mucho, porque descubría en ella el desdén del hombre que tiene demasiadas queridas.

—¿Qué hay? ¿qué ocurre?—tartamudeó el tío Bazouge, —¿quién se encuentra mal?... ¡Allá voy, madre-cita!

Empero al oír esta voz enronquecida, volvió en sí Gervasia, como de una pesadilla. ¿Qué es lo que había hecho? ¡seguramente había golpeado el tabique! Y entonces sintió como si le diesen un palo en los riñones, el miedo contrajo sus nalgas; y se hizo atrás, como si viese pasar las manazas del sepulturero á través del tabique para agarrarla del moño. ¡No, no; no la quería! ¡aún no estaba preparada! Si había golpeado, debió ser con el codo, al volverse del otro lado, inadvertidamente. Y le subía una horripilación desde las rodillas á los hombros, á la idea de verse arrastrar en brazos del viejo, completamente rígida y con la cara blanca como un plato.

—¿Qué es eso? ¿nadie contesta?—repuso el tío Bazouge en medio del silencio.—¡Esperad, al momento voy; soy muy complaciente con las damas!

—Nada, no es nada—pudo decir por fin la planchadora, con estrangulada voz;—no necesito nada; muchas gracias!

Mientras el sepulturero recobraba su sueño gruñendo, permaneció Gervasia ansiosa, escuchándole, no atreviéndose á hacer un movimiento, temiendo que el enterrador creyese que le llamaban de nuevo y jurándose no obrar tan de ligero en lo sucesivo, y que, aun cuando estuviere en la agonía, no le pediría socorro al vecino. Y esto lo decía para tranquilizarse, pues en cier-

tas horas, á pesar de su miedo, conservaba todavía su espantoso capricho.

En su rincón de miseria, entre sus penas y las de los demás, encontraba, sin embargo, la planchadora un admirable ejemplo de valor de casa de los Bijard.

La pequeña Lalia, aquella niña de ocho años, gruesa como dos sueldos de manteca, cuidaba la casa con una discreción de persona mayor; y á fe que era ruda la tarea; pues tenía á su cargo dos hermanitos, Julio y Enriqueta, dos criaturas de tres y cinco años, á las cuales había de cuidar todo el día, aun mientras barría y fregaba los platos.

Desde que el tío Bijard había dado muerte á su mujer de una patada en el vientre, convirtiérase Lalia en la madrecita de toda la familia.

Sin decir palabra, espontáneamente, ocupaba el lugar de la difunta, de tal modo, que el bruto de su padre, para completar sin duda la semejanza, golpeaba ahora á la hija como antes había golpeado á la madre.

Cuando regresaba borracho, necesitaba matar mujeres. Ni siquiera hacía caso de la pequeñita, que era Lalia, y seguramente no hubiera golpeado más fuerte á la más mala pelleja.

De un bofetón cubría toda su cara, y era aún tan delicada la carne de la niña, que los cinco dedos quedaban señalados por espacio de dos días. Eran tundas indignas, pataleos infames por un «sí» ó por un «no»; en una palabra: un lobo rabioso cayendo sobre una pobre gatita tímida y cariñora, flaca hasta hacer llorar y que recibía aquello con sus hermosos ojos resignados y sin quejarse. ¡No! ¡Lalia nunca se rebelaba! Limitábase á bajar un poco la cabeza para proteger su rostro y retenía sus gritos para no escandalizar la casa.

Después, cuando su padre se cansaba de llevarla por los cuatro rincones de la habitación á zapatazos, esperaba la niña un rato para recuperar sus fuerzas y se ponía de nuevo á trabajar, lavando á sus hermanitos, haciendo la sopa y no dejando un átomo de polvo en los muebles. El ser golpeada formaba parte de sus tareas cotidianas.